Reseña

La abolición de la joyería. Reseña de la exposición Mazatlanica de Fritzia Irizar, Museo Universitario de Arte Contemporáneo, Ciudad de México
The Abolition of Jewelry. Review of the Mazatlanica Exhibition by Fritzia Irizar, Museo Universitario de Arte Contemporáneo, Ciudad de México

Eréndira Derbez
Universidad Iberoamericana, México

Cuando cumplí 7 años mi vecino Óscar, a quien recuerdo como un pianista de pelo blanco,¹ le dio a mi madre un dije de perla. Le dijo que era de la suya y que ahora me lo daba a mí, ya que no iba a tener hijas. Lo conservo como el único objeto que prevalece de mi infancia, rara vez me lo quito. Me gusta cómo se ve sobre mi pecho y me gusta recordar que ese fue el último cumpleaños que pasé en la ciudad minera de Zacatecas, donde había vivido desde los dos años; me atrae su brillo y todos los colores que refleja.

Obviamente no soy la única persona que usa joyas: la historia de la humanidad va acompañada de la joyería desde hace milenios en sus distintas latitudes. Se conocen ornamentos mesopotámicos áureos y piezas egipcias con piedras preciosas de hace miles de años. Al parecer hay una necesidad a lo largo de distintas épocas y sociedades de decorar nuestros cuerpos y con ello demostrar cierto estatus. En mi pecho cuelga un trozo de plata,

¹ Años después me enteré que Óscar Tarragó es un reconocido músico veracruzano.

resultado de la manipulación de un mineral que corresponde a un tiempo geológico muy lejano al nuestro, a los humanos. Ni yo, ni quien portó el oro en Mesopotamia correspondemos a ese tiempo, cuyo producto nos parece tan atractivo.

Las joyas tienen una función performativa que distingue género y también estrato socioeconómico. Brillan y en ese reflejo se esconde algo más bien opaco: el uso de los cuerpos, ya que alguien arriesga —a veces la vida— al adentrarse en una mina para obtener oro, plata, platino o diamantes. Alguien aguanta la respiración para sumergirse en búsqueda de esferas brillantes, como las mujeres en Japón que van por las perlas ama, o como Kino, el pescador de La Paz, Baja California protagonista de la novela *La perla*, de John Steinbeck (1947).

La exposición Mazatlanica² de Fritzia Irizar (Culiacán, 1977) indaga sobre el papel de las joyas y la obtención de los insumos para hacerlas. La sala del Museo Universitario de Arte Contemporáneo recuerda a una *kunstkammer*: con lentes, moluscos, animales traídos de distintas regiones, mecanismos, objetos de oro y piedras preciosas de repente resulta —por la arquitectura de la sala y por las decisiones curatoriales— sobrecargada. A su vez, al igual que una colección real, establece una profunda relación entre arte y ciencia —esa estrecha cercanía entre experimento, proceso artístico y método científico—: cuando a un molusco, sobre todo los bivalos —que son los que tienen caparazón con dos valvas, dos conchas— le entra una partícula extraña, esta es cubierta, a modo de protección, por cristales de carbonato de calcio (CaCO_3) y una proteína llamada conquiolina. Varios años después, y con varias capas protectoras, resulta una perla.

La artista altera este proceso y crea su propio injerto, una escultura formada en una ostra recubierta con pequeñísimos pedazos de plástico. Estos plásticos fueron insertados con la colaboración de biólogos para manipular procesos naturales y con ello crear una escultura que es visible a través de

² Expuesta del 27 de junio de 2019 al 5 de enero de 2020.

una lente. Se hiere al animal, se expone su cadáver y los asistentes en la sala apreciamos con interés el cúmulo de nácar.

Las perlas brillan, las joyas brillan ¿es eso lo que las hace atractivas? Brillan tanto como el oro, un material “precioso” que resiste el paso del tiempo. Sin embargo, es un brillo cruel: la perla colgante de mi cuello significa mucho más que un momento dulce durante mi infancia. Mi perla también es el sufrimiento de un animal, el sufrimiento del anónimo que la recolectó del mar a inicios del siglo xx y del anónimo que recolectó la plata para montarla.

Hay un segundo injerto en la exposición que se documenta en un video. Una perla es colocada, tras una pequeña cirugía, en un cuerpo humano. Se abre la carne con un bisturí, se cierra la herida y cicatriza. La perla ha perdido todo el brillo ante nuestros ojos porque está escondida bajo la piel. ¿Si se esconde una joya pierde su valor? probablemente no, pero sin duda, el valor de una joya “se activa” cuando se muestra. Para la creación de esta pieza también se usa el cuerpo de una persona como espacio de experimentación. Probablemente, a diferencia de un niño en Zimbabwe, que arriesga su vida por un diamante, la integridad de quien encarna la joya no está en riesgo.

La artista se pregunta en sus piezas por el valor de los objetos, el lujo de aquello que guardamos y coleccionamos. Las curadoras —Helena Chávez Mc Gregor y Virginia Roy— pareciera que nos quieren advertir desde el primer momento que esta exposición es cruda, ya que el espacio nos recibe con un *máakech*, esos escarabajos cubiertos de oro y piedras preciosas, que no disimulan la crueldad. Es una joya tradicional yucateca que tiene la desgracia de estar viva y al ser exhibida en el Museo, tiene la desgracia de ser una obra de arte. La misma institución se ve obligada a poner una leyenda debajo de la cédula: “este animal está bajo el cuidado según indicaciones de la Facultad de Ciencias.” Quizás la cédula debería decir también: “este animal carga en su espalda el peso de ser una joya y una obra de arte”. Llama la atención que no causara el mismo revuelo de otra joya que fue expuesta en el museo, el diamante creado con las

cenizas del cuerpo muerto del arquitecto Luis Barragán —en la exposición de Jill Magid en 2017—, siendo que este es el cuerpo de un escarabajo vivo... La moral es una cosa tan azarosa.

El lujo está en el sufrimiento: el más rico es el que puede hacer sufrir a alguien más: pagar por la fuerza de su trabajo, por el valor del accionar de su cuerpo. Por el despojo de otros pueblos: los proyectos extractivistas son culpables de terribles crisis socioeconómicas en Latinoamérica, del *no-primer* mundo en general. La joyería es cruel y algunos ejemplos lo son más que otros: los diamantes, esos objetos que simbolizan la unión en matrimonio bajo la lógica del amor romántico, también significan explotación, neoesclavitud y neocolonialismo. Quizás, junto con la abolición del matrimonio sería pertinente exigir la abolición de la joyería. Y con ello yo debería, como le suplica Juana a Kino durante la novela de Steinbeck, tirar mi perla al mar o hacerla polvo golpeándola con dos rocas.

Fuentes consultadas

- Chávez Mac Gregor, Helena, Cuauhtémoc Medina, y Virginia Roy Luza-rraga. *Fritzia Irizar. Mazatlanica*. México: MUAC-UNAM, 2019.
- Martínez Espinosa, Manuel Ignacio. “El extractivismo minero en América Latina: planteamientos, paralelismos y presunciones desde el caso de Guatemala”. *Perfiles Latinoamericanos* 27, 53 (2019).
- “Zimbabue: Poner fin a la represión en los campos de diamantes de Marange”. Human Rights Watch (26 de junio de 2009). <https://www.hrw.org/es/news/2009/06/26/zimbabue-poner-fin-la-represion-en-los-campos-de-diamantes-de-marange> (consultado en septiembre de 2019).

Eréndira Marcela Derbez Campos

Es historiadora del arte en la Universidad Iberoamericana, donde actualmente es asistente de fortalecimiento académico de la misma licenciatura. De forma paralela hace ilustración para el estudio de diseño Plumbago, en el que ha trabajado para distintas editoriales, medios impresos y marcas nacionales e internacionales.

Ha publicado trabajo periodísticos en medios como: Así como suena, Radio Nederland Internacional, Animal Político, Este País, entre otros, y fue compilada en el libro Estamos de Pie (Planeta, 2017). Actualmente sus estudios se centran en la fundación de la Galería de Arte Mexicano y trabaja temas sobre género, arte y política. Su libro Machismos cotidianos (Grijalbo) será publicado en 2020.